



2.

El misterio, los símbolos

Xavier Besalú (GI)

Le decía a Corzo, después de leer su sugerente y penetrante *Con la escuela hemos topado. Y unas notas de Teología de la Educación*, que me habría gustado que profundizase más en esa inteligencia simbólica que reivindica y que yo no me acabo de saber explicar. Mientras lo piensa – o lo escribe, ¡vaya usted a saber! – he seguido dándole vueltas al tema y este es el punto por donde transito a día de hoy...

Escribió el sabio benedictino **Lluís Duch**¹ que todos los seres humanos necesitamos ser acogidos y cuidados para constituirnos plenamente como humanos y para poder sobrellevar el insoportable peso negativo de las numerosas indeterminaciones que gravitan sobre cada uno de nosotros, y que fácilmente pueden sumergirnos en la perplejidad, en el espanto o en el desánimo. Y señalaba cuatro estructuras básicas de acogida: la familia, la ciudad (que incluiría la educación, el trabajo, el asociacionismo, etc.), los medios de comunicación (incluidas las redes sociales) y la religión, todas ellas sumidas en una profunda crisis, en esos tiempos que hemos dado en llamar postmodernos. Entre otras razones porque dichas estructuras lo son también de mediación y esa función choca con el individualismo rampante que abomina de cualquier tipo de vínculo más o menos estable y permanente, y con esa idea de libertad que hace abstracción de los contextos y de los condicionamientos a los que todos estamos sometidos.

Cuando Duch habla de la religión como estructura de acogida, no se refiere a ninguna de las religiones establecidas e institucionalizadas, sino a esa especie de andamio que conforman las creencias y prácticas simbólicas que, desde siempre, se han ocupado del sentido de la vida y de significar la existencia, de dar respuesta a las cuestiones fundacionales de los seres humanos, que trascienden los límites de la razón y de la ciencia: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi destino? ¿Por qué el mal? ¿Por qué la muerte? Porque en el ser humano siempre hay un más allá, una apetencia de infinitud, de trascendencia. En este campo encontraríamos no solo la religión, sino

1 Duch, L., 2012, *Religión y comunicación*. Barcelona: Fragmenta.

también el mito, el rito, el arte, la música, la literatura, la filosofía... Y es que la capacidad simbólica es inherente a las personas. El símbolo es, en esencia, el elemento que nos permite recordar una realidad hasta cierto punto enigmática, inalcanzable, que actúa de mediador en todas las relaciones que mantenemos: con los demás, con la naturaleza, con nosotros mismos, con lo totalmente otro (que históricamente hemos denominado *dios*), porque en todas estas relaciones hay siempre algo elusivo, ausente, misterioso, difícil de descifrar e interpretar.

En realidad, Corzo se ha ocupado y preocupado de esta cuestión desde hace más de veinte años², y no solo en sus libros, sino también en múltiples conferencias y artículos, algunos de ellos publicados en esta misma revista *Educar(NOS)*. Los símbolos, escribió, nos abren a lo desconocido, pero sin desvelarlo del todo; insinúan una presencia, pero no la despojan de su misterio. Por eso, se prestan a múltiples y variadas interpretaciones, no tienen una única lectura posible, porque no son conocimiento científico, ni tienen evidencia empírica. Cada persona y cada época los leen y los traducen en función de lo que saben, de lo que sienten, de lo que valoran, de lo que desean, según el imaginario colectivo, y el inconsciente y la experiencia personales. Los símbolos son narraciones, conceptos o imágenes que no describen una realidad objetiva, ni se expresan con el lenguaje técnico y preciso de la razón, sino que mezclan hechos, sentimientos, percepciones y proyecciones, y demandan proximidad e implicación, lejos de la frialdad y el distanciamiento que exige el conocimiento científico. Pero tienen una capacidad enorme de influir en las creencias, las actitudes y en los comportamientos de los seres humanos, y ahí estriba su extraordinaria potencialidad. Por eso, dicen algunos, su lenguaje es conmocional³; Corzo lo denomina autoimplicativo.

El misterio, los símbolos, el conocimiento autoimplicativo, nos encaminan hacia la idea de espiritualidad. Desde mi punto de vista, estamos ante una dimensión innata y común a todos los seres humanos, que puede ser canalizada, o no, a través de una religión concreta, y que debería ser contemplada en una educación que se pretendiera integral de verdad. **Ana Alonso**⁴ sostiene que de esta dimensión emana la capacidad de intuir, de

2 Corzo, J.L., 1997, *Escuchar el mundo, oír a Dios. Teólogos y educación*. Madrid: PPC; Corzo, J.L., 2008, *Jesucristo falta a clase. Notas de teología de la educación*. Madrid: PPC.

3 Ribera, R., 2016, "Creencias, mitos i religions". *Perspectiva Escolar*, 388, p. 6-13.

4 Alonso, A., 2011, *Pedagogía de la interioridad. Aprender a ser desde uno mismo*. Madrid: Narcea.



ver más allá de las apariencias, de experimentar lo infinito, lo inalcanzable, lo misterioso, de dar sentido a lo que hacemos y vivimos. La espiritualidad sería la experiencia de intuir realidades que nos sobrepasan, misterios difíciles de describir, pero que nos conmueven y tienen repercusiones en nuestra manera de percibir las cosas y en nuestro modo de actuar. Espiritualidad rima con introspección, con imaginación, con intuición, con asombro, con creatividad, con emoción, con sentimientos, con recuerdos, con atención, con silencio, con contemplación, con meditación... La espiritualidad, como le pasa a la lengua, es una noción abstracta que necesita materializarse a través de manifestaciones particulares: en el caso de la lengua serían las distintas hablas; en el caso de la espiritualidad pueden ser las religiones, pero no solo ellas. Ahí están los rituales, las fiestas, las conmemoraciones, las celebraciones, los juegos, los retiros, la asociación

a determinadas entidades, la participación en determinados colectivos, las estancias o visitas a determinados lugares, los encuentros... Religión, dios, misterio, espiritualidad, trascendencia... son palabras mayores que, al pronunciarlas, imponen respeto por sí mismas. Sin embargo, un diálogo que aspire al rigor y al saber no debería eludirlas, y una educación que se pretenda útil y eficaz para el desarrollo integral de las personas no debería desdeñarlas. Desconozco ahora mismo cual podría ser el mejor encaje de este conocimiento conmovedor o autoimplicativo en nuestro sistema educativo. Sí tengo claro que la situación actual no da una respuesta aceptable a esta necesidad y que la formación del profesorado –tanto la inicial como la permanente – lo orilla deliberadamente. Por eso, y por otras muchas razones, animo y aliento a nuestro amigo y maestro Corzo a que nos regale una monografía sobre el tema.

